

Reseña

Querencia: Crónicas de una latinoamericana en USA, de Melanie Márquez Adams. Katakana editores, 2020. 128 pp.

Más que un mantra que se repite de forma inconsciente, la hibridez de la crónica es, o debiera ser, un desafío analítico constante para sus lectores y, sobre todo, para sus investigadores. El *collage* de técnicas, estilos y formatos es solo la superficie, su síntoma más visible, cuya particular disposición da cuenta de lógicas, contextos y sensibilidades diversas. De aquí la importancia de diferenciar de qué crónica hablamos. No es lo mismo un relato de pretensiones historiográficas que una columna personal, un ensayo cultural que un reportaje en profundidad, un cuadro de costumbres que un perfil. En América Latina tenemos la (mala) costumbre de llamar a todo ello crónica: para muestra véase la selección de textos de las dos conocidas antologías que vieron la luz en 2012 (*Mejor que ficción*, por Anagrama, y *Antología de crónica latinoamericana actual*, por Alfaguara). No se trata de lotear las amplias y fértiles praderas de la crónica, sino de explicitar las coordenadas desde donde las escribimos, compilamos, editamos, las leemos o las estudiamos.

En ese ánimo crítico, este primer libro de crónicas de Melanie Márquez Adams (Guayaquil, 1976) se inscribe en la tradición de la crónica modernista, fuertemente afincada en la praxis literaria. De aquí que, en sus textos la hostilidad del entorno ajeno adquiera significado, sobre todo, en términos de lo que Bourdieu llamó campo cultural: un tablero de posiciones contrapuestas, móviles y estratégicas, donde cada “ficha” se define en función de su distancia/cercanía con el poder. Las historias y las reflexiones en estos textos son las de una migrante latinoamericana en Estados Unidos, sí, pero sobre todo son las de una escritora que busca su lugar dentro del tablero. Un tablero en el que, a diferencia de lo que sucede con los géneros literarios, siguen valiendo las etiquetas:

Aprendí que, en el contexto del mercado de la escritura en inglés dentro de EE.UU., los anglosajones son los únicos que tienen el privilegio de identificarse como ‘escritores’ a secas, –sin descriptores. El resto –los que podemos anclar nuestras raíces en Latinoamérica, África o Asia– necesitamos un adjetivo al lado de la palabra escritor. Un adjetivo que denote la raza, la etnia, la procedencia. (76)

La etiqueta más común, dice la autora, es la de “escritores de color”, que tiende a homogeneizar experiencias migratorias, historias de vida y tonos de piel. Y contra

ella se rebela, buscando que sus textos sean capaces de desestabilizar suposiciones y estereotipos, para “contribuir con mi propio color y perspectiva al collage de la literatura latina en USA” (59).

La mirada de Márquez Adams se detiene en aspectos cotidianos, menores pero significativos, de la vida en el sur de Estados Unidos, cuyo simbolismo se revela excéntrico, a veces cruel, otras veces ilógico. A ratos, la mirada deviene nostálgica y la prosa busca un devenir poético (con hallazgos bastante interesantes). Esta es la tónica de la mayoría de los dieciséis textos que conforman el volumen; son, también, los textos más breves. Los dos más extensos –“El color de mi escritura” y “Glosario de una #latinawriter en USA”– tienen un registro distinto, marcadamente referencial, directo y sencillo. Y es que el relato, en estos últimos, se funda en una concatenación de hechos (como en la crónica histórica) antes que en la sensibilidad de quien elabora lingüísticamente una experiencia (como en la crónica literaria). En ambos textos, Márquez Adams narra los sinsabores de su paso por dos instancias formativas: un retiro de escritores en Carolina del Norte y un programa de maestría en escritura creativa en español en la Universidad de Iowa.

Junto a los desafíos esperables en este tipo de instancias (competitividad, individualismo y falta de empatía, emborronamiento de los límites entre la crítica constructiva y la destructiva, etc.), la autora descubre otro: la falta de diversidad, tanto en sus compañeros como en los docentes, lo que privilegiaría una mirada anglosajona y masculina. Con desazón comprende, entonces, “que un ‘espacio blanco’ no está anclado necesariamente al color de la piel de aquellos que lo habitan” (84). “¿Dónde estaban las oportunidades para los escritores hispanoamericanos que vivimos en USA?” (71). La pregunta no solo cuestiona el imaginario implícito en la antología *Se habla español: Voces latinas en USA* (Alfaguara, 2000), coordinada por el chileno Alberto Fuguet y el boliviano Edmundo Paz-Soldán (ambos, dicho sea de paso, formados en el sistema educacional estadounidense), sino también la misma lógica de su selección (de treinta y seis textos, solo seis –un 16 %– son de autoría femenina).

En este diálogo intertextual es pertinente mencionar otra antología, esta vez de textos de no ficción: *Sam no es mi tío: Veinticuatro crónicas migrantes y un sueño americano* (Alfaguara, 2012), compilado por Diego Fonseca y Aileen El-Kadi. Aquí la participación de autoras es un poco mayor (cinco textos de diecinueve, es decir, un 26 %), pero más que ello interesa notar que el afuerino es, aquí, un migrante privilegiado: en su mayoría, autores reconocidos en sus países, algunos incluso a nivel latinoamericano, que acaso lo único que pierden tras la denegación de la visa en el aeropuerto sea el importe del pasaje, y que pueden permitirse desayunar en Starbucks antes de regresar a su país. Márquez Adams, hasta cierto punto, también es una migrante privilegiada: tiene los papeles al día, permiso de residencia y de trabajo; su lucha no es por la subsistencia sino por los lectores y por la validación. A diferencia de muchas otras expatriadas, no ha sido violada, secuestrada, mutilada ni asesinada; lejos de restarle valor a su testimonio, esto debiera hacernos reflexionar acerca de la naturalización de estas prácticas en el

trayecto de quien migra en una condición de triple desventaja: siendo mujer, latinoamericana e ilegal.

“Personales” es el adjetivo con que Márquez Adams apellida sus crónicas; sin embargo, y en el doble contexto de la crisis migratoria global y de las demandas de género, ello marca más que la subjetividad individualista. Es cierto: el libro abunda en episodios autobiográficos, en cuya exposición la autora va comprendiendo las reglas del juego editorial estadounidense y su propia posición, como latina, en el tablero, así como sus posibilidades de movimiento, alianzas y proyección. Pero en este trayecto resuena una valiosa pulsión de sororidad, con la que la autora recuerda que en esa tierra mítica que es Estados Unidos, “no está bien visto hablar español” (51). Sobre todo, si se es mujer.

Patricia Poblete Alday
ppoblete@uft.cl
Universidad Finis Terrae